
Entrevista

<https://dx.doi.org/10.34019/2594-8296.2022.n28.39773>

“¿Qué hay más transnacional que la idea de nación?”. Entrevista con Ismael Saz (Universitat de València)

"Há algo mais transnacional do que a própria idéia de nação?". Entrevista com Ismael Saz (Universitat de València)

"Is there anything more transnational than the idea of nation itself?". Interview with Ismael Saz (Universitat de València)

*Toni Morant i Ariño**

<https://orcid.org/0000-0002-8507-0723>

*Leandro Pereira Gonçalves***

<https://orcid.org/0000-0002-9233-1098>

* Doutor Internacional em História Contemporânea pela Universitat de València, onde atualmente é professor associado. Suas principais linhas de pesquisa giram em torno do fascismo entreguerras a partir de uma perspectiva transnacional e de gênero, assim como da construção simbólica da ditadura de Franco no espaço público e sua sobrevivência na atual democracia espanhola. É membro das equipes de pesquisa dos projetos PGC2018-099956-B-I00 (Ministério da Economia e Inovação espanhol) e PROMETEU2020-050 (Generalitat Valenciana). E-mail: toni.morant@uv.es

** Doutor em História pela Pontifícia Universidade Católica de São Paulo (PUC-SP), com estágio no Instituto de Ciências Sociais da Universidade de Lisboa (ICS-ULisboa) e com pós-doutoramento pela Universidad Nacional de Córdoba (Centro de Estudios Avanzados/Argentina). Professor do Departamento de História da Universidade Federal de Juiz de Fora (UFJF), com atuação no Programa de Pós-Graduação em História. Bolsista de Produtividade em Pesquisa do CNPq. Pesquisador FAPEMIG (Universal). Membro do Conselho Administrativo da International Association for Comparative Fascist Studies (ComFas). Líder do Grupo de Pesquisa (CNPq) e coordenador da Rede de Investigação Direitas, História e Memória. As pesquisas recentes concentram-se em questões relacionadas à História da América Latina a partir de elementos transnacionais e abordagens comparadas com a Península Ibérica, sobretudo no âmbito dos estudos das direitas, dos fascismos, do integralismo, do salazarismo e do franquismo. E-mail: leandro.goncalves@ufjf.br

C6mo citar esta entrevista:

Morant i Ari6o, Toni; Gonçalves, Leandro Pereira: “Entrevista con Ismael Saz (Universitat de Val6ncia)”. *Locus: Revista de Hist6ria*, vol. 28, n. 2 (2022): 414-435.

Ismael Saz Campos es catedr6tico de Historia Contempor6nea de la Universitat de Val6ncia y uno de los mayores especialistas espa6oles en franquismo y fascismo. Presidente de la *Asociaci6n de Historia Contempor6nea* entre 2014 y 2021, es autor de una prolija producci6n historiogr6fica, con m6s de un centenar de art6culos y cap6tulos de libro, as6 como innumerables ponencias y conferencias. Adem6s, ha publicado cuatro monograf6as, codirigido una colecci6n sobre culturas pol6ticas en Espa6a y Latinoam6rica, y coeditado una quincena larga de vol6menes colectivos. Su trayectoria investigadora recibid un importante impulso gracias a la concesidn en 1980 de una beca para investigar durante un a6o en la Escuela Espa6ola de Historia y Arqueolog6a en Roma. Inicialmente, se centr6 en el estudio de las relaciones internacionales y la intervenci6n de la Italia fascista en Espa6a durante los a6os treinta. A este tema dedic6 su tesis doctoral, defendida en 1985 y publicada al a6o siguiente como *Mussolini contra la II Rep6blica* (Val6ncia, Alfons el Magn6nim-IVEI, 1986).

Durante los a6os noventa, Saz fue uno de los principales protagonistas en uno de los debates m6s intensos de la historiograf6a espa6ola del momento: el de la naturaleza del franquismo. Su posicionamiento difer6a tanto de quienes propugnaba clasificarla de ‘fascista’ como de quienes, por el contrario, defend6an que hab6a sido ‘autoritaria’. Saz abogaba por el concepto de ‘fascistizaci6n’, que permit6a adaptarse a la elasticidad de una dictadura de casi cuatro d6cadas de duraci6n ante cambiantes contextos pol6ticos (internacionales, pero tambi6n internos) y superar la precedente periodizaci6n de la dictadura en diferentes subfases: fascista (1939-1945), nacional-cat6lica (1945-56/59) y autoritaria-desarrollista (1959-1975). De hecho, Saz considera que la franquista es el ejemplo paradigm6tico de dictadura ‘fascistizada’. Como recuerda en la entrevista, el car6cter procesual y fluido del concepto permite abarcar el conjunto de la cronolog6a del franquismo, destacando el fuerte componente fascista inicial, su posterior subordinaci6n pero tambi6n su capacidad de pervivencia hasta el final mismo de la dictadura.

En las 6ltimas dos d6cadas, sus investigaciones han pivotado principalmente en torno a dos campos estrechamente vinculados entre s6: la relaci6n entre derechas y naci6n, y el estudio de las

dos principales culturas políticas del franquismo: la fascista y la reaccionaria, ambas marcadamente nacionalistas. Por un lado, y siempre muy atento a las historiografías francesa e italiana, Saz ha sido uno de los principales impulsores a la hora de incorporar a la historiografía española el concepto de ‘culturas políticas’. Combinando en cierto modo las aportaciones de Keith Baker y Serge Berstein, identificó en el franquismo dos grandes culturas políticas, con sus respectivas tradiciones que se remontaban al menos hasta la crisis finisecular: la fascista de Falange, continuadora de la tradición nacionalista secular e identificada con las corrientes del ultranacionalismo populista europeo, y la reaccionaria de *Acción Española*, heredera de la tradición nacionalcatólica española pero, a la vez, profundamente influenciada por la *Action Française*. Durante décadas, ambas compitieron entre sí y pugnaron por imponerse, pero también se influyeron mutuamente en un contexto siempre cambiante como lo fue el de la dictadura franquista. Este interés por las culturas políticas se plasmó en la codirección, junto con Manuel Pérez Ledesma, de los seis volúmenes de la *Historia de las Culturas Políticas en España y América Latina* (Publicaciones de la Universidad de Zaragoza y Marcial Pons, 2014-2016), cuyo cuarto volumen *Del franquismo a la democracia, 1936-2013* además coeditó.

Por el otro lado, Saz ha liderado durante las dos últimas décadas como Investigador Principal un grupo de investigación sobre derechas y nación en la España contemporánea en la Universitat de València, que cuenta ya con una larga trayectoria (están preparando una nueva edición, que sería ya el séptimo proyecto ininterrumpido) y con un núcleo personal consolidado, al que se han incorporando y promocionando numerosas/os investigadoras/os pre- y postdoctorales. Su monografía *España contra España. Los nacionalismos franquistas* (Marcial Pons, 2003) fue un pionero estudio –desde una perspectiva de historia cultural muy atenta a los discursos y relatos– sobre la nación española como espacio de conflicto discursivo, también dentro de la dictadura franquista. Surgido de la investigación que le valió un año antes la cátedra de historia contemporánea, su análisis presenta la evolución de las concepciones de nación en las dos principales culturas políticas franquistas: la fascista (Falange), con su ultranacionalismo populista de masas no carente de una retórica de revolución social, y la reaccionaria (*Acción Española*), con una concepción elitista de nación, que recuperara los valores prerrevolucionarios, y articulada como un grupo muy reducido –nunca un partido de masas– pero muy influyente en torno a la revista homónima.

Preocupado desde sus inicios por subrayar la importancia del sujeto y de las ideas fascistas (no es extraño escucharle decir que ‘las ideas cuentan’ y ‘las palabras importan’), justo después de *España contra España* publicó *Fascismo y franquismo* (Publicacions de la Universitat de València, 2004),

una selección de sus textos sobre la naturaleza del franquismo y el fascismo español. No obstante, poco después empezó a centrar su interés en ‘los otros’ dentro de la dictadura franquista, guiado por la pregunta de ‘¿qué eran quienes no eran fascistas?’. De aquí surgió su caracterización del grupo de *Acción Española* como ‘nacionalistas reaccionarios’, a los que dedicó una parte de sus textos recogidos en *Las caras del franquismo* (Comares, 2013). En los últimos años, Saz ha profundizado en el estudio de ambas derechas desde una perspectiva transnacional, impugnando la extendida idea de que su acentuado nacionalismo habría hecho imposible toda estrecha relación con otras culturas políticas más allá de las fronteras españolas. Fruto de este interés es el volumen colectivo *Reactionary Nationalists Fascists and Dictatorships in the Twentieth Century* (Palgrave, 2019), coeditado con Zira Box, Toni Morant y Julián Sanz. Con estos dos últimos, está a punto de coeditar *The Right and the Nation* (Routledge, 2023).

- **Profesor Ismael Saz, su formación académica en Historia tuvo lugar en los años finales de la dictadura franquista y en los primeros de la recuperación democrática tras la muerte del dictador. ¿Cuál era la historia contemporánea que se impartía aquellos años en España? ¿Qué espacio se le daba?**

A mí la muerte de Franco me pilló justo en medio de la licenciatura. De modo que mi formación, en parte, fue durante esos años finales de la dictadura, con una sociedad muy movilizada, y, en parte, lógicamente ya después con la democracia. En aquella época, la historiografía que se daba en España presentaba serias carencias. Por ejemplo, a la historia del siglo XX español se le daba muy poco espacio; en la licenciatura, prácticamente no se llegaba nunca. Y, luego, la investigación, estaba fragmentada: había algunos núcleos que sí que trabajaban el siglo XX, algo de la Segunda República... Pero todo esto ya cuando empieza a poderse hacer, con la llegada de la democracia.

Pero, durante un tiempo, el grueso de la investigación más renovadora gravitaba en lo que se llamó la transición del feudalismo al capitalismo. Y esto tenía una explicación, porque era una forma de situar dónde estábamos: si había un tipo de transición del feudalismo al capitalismo, la cual había terminado ya, ¿cómo se podía concebir una posible transición del capitalismo al

socialismo? En fin, que sobre todo en el mundo marxista era una cuestión que tenía bastante importancia. En cualquier caso, en resumen: poco siglo XX.

- **¿Qué motivos le llevaron a escoger la carrera de Historia y, más tarde, por qué se decantó por la época contemporánea?**

El primer motivo podía ser ya que, a mí ya desde pequeño, me gustaba mucho la historia. Pero, bueno, dedicarme a la historia tiene que ver –además, canalizado directamente a la historia contemporánea– con una crisis un poco precoz respecto del mundo comunista, del comunismo, en el sentido de intentar conocer más, buscar respuestas. Y esto intuía yo que tendría que venir por el lado de la historia y de la historia contemporánea fundamentalmente.

- **Y ¿de dónde surgió su interés por el estudio de la dictadura franquista?**

Ahí yo creo que no soy muy representativo; mi experiencia es un poco extraña en ese sentido. Mi interés, cuando yo termino la licenciatura, va orientado básicamente al análisis, la explicación, la comprensión de la experiencia soviética. Mi preocupación es la Revolución Rusa, con lo que se conocía entonces como ‘el gran debate’, el proceso de ascenso de Stalin... En fin, el franquismo no es lo que me preocupaba historiográficamente. Me preocupaba políticamente, porque sí, ahí sí que estaba en las huelgas y las manifestaciones... Pero digamos que el horizonte todavía era un poco... cuando estabas pensando en un futuro socialista al tiempo que estás viendo que lo que hay como ‘socialismo real’ no te convencía.

Y ¿cómo llego al franquismo? Llego de una forma relativamente accidental. Vamos a ver: lógicamente, leía todo lo que salía sobre franquismo, en la licenciatura y posteriormente, como todo estudiante politizado y más si eras historiador. Pero yo llego al franquismo digamos que al revés, a través del fascismo. Porque yo me voy a Italia en 1980, con una beca para Roma, pensando que era el mejor momento para profundizar en el estudio del fascismo. Y había compañeros que decían: ‘¡Vas a Roma a demostrar que el franquismo es fascismo, eh!’. Y yo pensaba: ‘Pues, bueno, igual sí’. Pero, claro: me concentré absolutamente –además de mi interés por las cuestiones internacionales, lógicamente, la guerra civil española, la intervención italiana– en conocer y estudiar el fascismo a fondo. Me convertí en un lector de todo lo que se había publicado y se publicaba sobre fascismo.

Cuando empiezo a plantearme la posibilidad de hacer algo sobre franquismo, yo ya había empezado con el fascismo: trabajo básicamente cuestiones internacionales y escribo algunas cosas ya en mis primeras aproximaciones. Y desde esta perspectiva me iba haciendo una idea de lo que era el franquismo. Y, a la luz de mis conocimientos sobre el fascismo, iba viendo cómo no cuadraba

—no me cuadraba— esa idea del franquismo como régimen autoritario, porque me parecía insuficiente, muy vaga, muy ambigua, poco histórica, podíamos decir. Pero tampoco te cuadraba la idea del franquismo como fascismo, porque para mí ahí fue muy importante estar en Italia. Y la primera diferencia que yo encontré entre uno y otro —y no es que yo tuviese un fondo teórico extraordinario— pero sí dije: fascismo y franquismo no hablan igual, no es el mismo lenguaje. Y decir que el lenguaje del franquismo no es el lenguaje del fascismo resultaba bastante clarificador. Y luego ya, a partir de ahí, progresivamente ya fui centrándome más en el franquismo. Pero al principio fue un poco de fuera a dentro. Y creo que esto fue importante para mi propia aproximación al franquismo, y a otros aspectos de la historia de España. Creo que fue importante y que me ayudó mucho.

- **Un poco más en general, ¿qué cambios destacarías en la universidad española en los últimos cuarenta años, también en cuanto a la docencia y al estudiantado?**

Hay gente que es pesimista, pero yo no soy pesimista. Yo creo que los cambios han sido extraordinarios y en un sentido positivo. Hay que ver de dónde veníamos. Ha mejorado extraordinariamente la docencia, que yo creo que se toma mucho más en serio. Y ha mejorado la investigación, extraordinariamente. Eso ha enriquecido las perspectivas en todos los ámbitos de la historia, de la historia contemporánea en particular. A veces los avances [en la investigación] se producen por oleadas: durante unos años el grueso se concentra en la República, por ejemplo, en torno al año 1981, con el 50 aniversario de su proclamación; luego la Guerra Civil, en 1986, y, finalmente ya, el franquismo. Pero los cambios, ya digo, han sido extraordinariamente positivos: ha mejorado mucho la docencia y se ha democratizado la universidad. Eso no quiere decir, lógicamente, que no haya problemas, que siempre hay problemas que surgen, nuevos a veces, y a los que hay que hacer frente.

- **Y ahora más en concreto, ¿cómo ve la evolución de la historiografía sobre la dictadura franquista en estas últimas cuatro décadas? ¿Cuáles han sido en su opinión los cambios más importantes?**

El primer cambio fundamental es que hay investigación. Nosotros organizamos en València el primer congreso que hubo sobre franquismo —en el año 1984, creo que fue— e invitamos a todos los que tenían publicado algo así conocido sobre el tema. Casi todos eran magníficos historiadores, pero casi ninguno de ellos era especialista en franquismo. Porque había poca investigación sobre el franquismo. Eso no tiene nada que ver con la situación actual. En estas casi

cuatro décadas se ha investigado muchísimo sobre franquismo y se han ido superando aquellos problemas que había, por ejemplo, una fijación absoluta –quizá salga después– en lo que se conoció como el debate sobre la naturaleza del franquismo. Pero luego, sucesivamente, se ha diversificado la atención en todas las facetas del franquismo, de la sociedad española durante la dictadura, de las relaciones entre el franquismo y la sociedad española. Y se ha democratizado. Ahora hay muchísimos investigadores, nuevos investigadores, y muchos de ellos hacen aportaciones que son importantes. No sin problemas, pero sí, señalaría que se ha avanzado mucho.

- **¿Ha cambiado el lugar de la Guerra Civil y el franquismo, la importancia que se le da, en el conjunto de la historia contemporánea española?**

Ha cambiado y... no ha cambiado. Creo que sí que se le da una mayor importancia en el presente, por ejemplo, desde los planes de estudio, aunque una cosa es la universidad y otra cosa es la enseñanza secundaria. Pero también es cambiante, porque recordemos aquello de que ‘toda historia es historia contemporánea, y toda historia es historia del presente’. Y las relecturas que se hacen sobre la Guerra Civil y el franquismo son continuas. Porque sí, ahí está la perspectiva conmemorativa: se avanzó mucho con estudios sobre la Segunda República y la Guerra Civil... Pero, a partir de finales de los ochenta, parece que la República desaparece como objeto de estudio e investigación; no es mayoritaria, parece un poco apartada. Y con la Guerra Civil un poco menos, pero también sucede.

En cambio, cuando nos vamos aproximando a finales de siglo y a principios del presente siglo, la República y el estudio de la República cobran una nueva centralidad. ¿Por qué? Pues porque se relaciona, por ejemplo, el problema de esta democracia –la democracia actual– y aquella democracia, la de la España republicana. El tema de posibles aportaciones... Porque –hay que decirlo– la República fue ninguneada en los ámbitos oficiales y en los ámbitos dominantes; fue ninguneada en el ámbito político. De alguna forma, había que construir la Transición española, la democracia actual, renegando o, por lo menos, no mentando a la República. Y cuando esto ya no se plantea así, sino que se plantea que aquella República fue pionera en tantas cosas, y aquella República hasta qué punto no fue una democracia de la cual incluso la actual podía aprender –cosa que se había negado absolutamente–, entonces aparecen debates, y a veces debates muy serios. Unos debates que son crispados incluso a veces porque está la cuestión del revisionismo, de los dos revisionismos: el revisionismo historiográfico, que es perfectamente respetable (aunque yo no esté en absoluto de acuerdo), y luego está el pseudorevisionismo de los pseudohistoriadores que son piratas, postfranquistas, etc. Pero entonces vuelve, en ese sentido, el debate sobre la

importancia de la República y la importancia de la Guerra Civil. ¿Dónde ponemos los límites? Cuando hablamos de víctimas, por ejemplo, ¿dónde ponemos los límites entre la Guerra Civil y el franquismo? Esas miradas al pasado se van siempre reconstruyendo y por eso digo que estamos siempre en esa situación compleja.

- **Usted tuvo un destacado protagonismo en los debates sobre la naturaleza del franquismo (¿fue fascismo? ¿fue autoritarismo?...) que, especialmente durante los años noventa, atravesaron la historiografía contemporaneísta española. Y una aportación suya tuvo un eco notable: la caracterización del franquismo como un régimen fascistizado. ¿Qué aportaba dicha definición al conocimiento de la dictadura y de su naturaleza? Pero también ¿cómo ve ahora, más de dos décadas después, dicho debate?**

Cómo me aproximo yo a ese concepto de régimen fascistizado tiene que ver con lo que comentaba antes de mi insatisfacción con el significado de ‘régimen autoritario’. Régimen autoritario es la aplicación bastante teledirigida y, al mismo tiempo, vaga de las teorías del totalitarismo al caso español, como el propio Linz reconocía. Es decir, esto es totalitarismo y esto de ‘régimen autoritario’ lo aplico yo para decir que el franquismo no es totalitario, sino algo intermedio. A mí eso me resultaba totalmente insatisfactorio porque situaba el problema en una indefinición: ¿qué es el franquismo? Ni totalitario, ni democrático. Muy bien, vale: pero ¿qué es? No tiene ideología, pero ¿dónde queda la ideología? Como el propio Linz reconocía, todo esto corría el riesgo de ser considerado como formalismo.

Y yo tenía insatisfacción por esto, pero también por esas construcciones del franquismo como fascismo que, luego se fueron sustentando con más investigaciones, y eso es siempre respetable. En mi opinión, venían a incidir en una cuestión que era uno de los grandes problemas de los estudios sobre el fascismo: el fascismo era una entelequia, era un régimen, era una dictadura y eso (acordaos de la definición de la Internacional Comunista: ‘el fascismo es una dictadura de las...’). Así pues, el fascismo era visto exclusivamente como una dictadura, no como un movimiento social, ni movimiento político, ni partido... algo que ya había dicho alguien tan sospechoso como un tal Gramsci. Entonces, el problema que de alguna manera se arrastraba con el franquismo era: ¿qué es el fascismo? Una dictadura. Y, si es una dictadura, pues dictadura es también el franquismo... y, por tanto, el franquismo es fascismo. Se obviaba así la cuestión de la cultura, de las ideas, de la ideología, de la cultura política, del sujeto. Entonces se llega a las teorías de la modernización, o una mezcla de las teorías de la modernización con el marxismo, en el sentido

de que para que haya fascismo tiene que haber más modernidad; pero si no la hay suficiente, da igual. Aunque no haya fascistas, con tal de que esté el ejército pues ya tenemos al partido fascista. ¿Y si no tenemos una cultura fascista? No pasa nada tampoco: para eso está la Iglesia, que será la que dará forma y fundamentará a la dictadura.

Pero, claro, esas indefiniciones, esa ausencia del sujeto y de la cultura fascistas a mí me resultaba muy insatisfactoria. Entonces... ¿por qué ‘fascistizado’? Yo no he inventado nada. Había en España algunos historiadores como José Ramón Montero, Ricardo Chueca, o Javier Jiménez Campo, que ya habían trabajado –y yo creo que eran grandes aportaciones– sobre lo que había sido la fascistización de la derecha española durante la Segunda República. Y yo lo que retomaba era, por una parte, esto: si había fascistización, esta no se acaba en 1936. Lógicamente, esto es una vía de aproximación que la hace un poco diferente –diríamos– de la de Griffin, que yo creo que es una construcción que va más en la línea de lo que es ‘pseudo’, de lo que es ‘utilización’, etc. Entonces, yo veía que había esa dinámica de fascistización y yo la retomaba. Y, luego, por otra parte, estaba la cultura de la época: Ramiro Ledesma Ramos hablaba de los fascistizados, para referirse a quienes, no siendo fascistas, sí que eran fascistizados porque habían adoptado determinados aspectos (normalmente, formales o estéticos) del fascismo. Y, sobre todo, estaba también Mussolini, cuando decía aquella frase –que yo recogí muy pronto, incluso ya para mi tesis, en 1985– de ‘Europa será fascista o fascistizada’. Y se veía un poco en la forma que tenía el fascismo italiano de ver la realidad de España, de ver el régimen franquista.

Desde mi punto de vista, sobre esta cuestión no se me ha hecho mucho caso. Pero es que, claro, la alternativa era interpretar que el franquismo o era fascismo o era autoritario, porque esto de ‘fascistizado’ ¿qué era? Luego, progresivamente, diversos núcleos historiográficos han ido asumiendo esta perspectiva, que ha ganado peso porque, además, conecta –aunque no es idéntica– con la perspectiva que puede tener Griffin sobre ‘parafascismo’. Y, paradójicamente, conecta también con la idea de la historiografía internacional que podríamos llamar de izquierdas –y me refiero a la historiografía que podríamos llamar sólida: Paxton, por ejemplo, y otros autores– sobre el fascismo, que también dicen que el franquismo no fue fascismo. Entonces, el problema lo tenemos con ¿qué es autoritario? Porque incluso Hobsbawm decía que el franquismo era autoritario. Parecía que no había otra salida. Y, en cambio, ahora yo creo que esa conceptualización alternativa como ‘fascistización’ se está afirmando: ahora se recoge también por parte de António Costa Pinto y Aristotle Kallis con la idea de ‘hibridación’, que recoge la cuestión de la fascistización. Entonces, el calado de esta forma de aproximarse al franquismo –yo no voy a reclamar ahora la paternidad de ninguna idea– sí que se ha consolidado, así lo entiendo yo.

- **En sus investigaciones, el concepto de cultura política tiene también una importancia fundamental. ¿Qué le llevó al uso de esta categoría? ¿Y cuáles son sus principales referencias en esta forma de analizar el fascismo, la fascistización y el franquismo?**

Yo diría que el propio concepto de cultura política para mí surge también de forma un poco sobrevenida. Yo no estaba hablando de cultura política, o de forma consciente, porque en el fondo lo estaba haciendo. Pero, en un determinado momento, me llaman desde la Casa de Velázquez de Madrid para un seminario sobre cultura política, en el cual estaba Berstein, entre otros. Me convoca Benoît Pellistrandi por mi libro *España sobre España*, que le parece muy interesante desde el punto de vista de las culturas políticas. Y entonces yo voy reconociendo progresivamente hasta que la pongo en el centro en muchos aspectos, porque veo que es una herramienta fundamental. Y cuando digo fundamental no es el sentido que muchas veces se utiliza en plan retórico, como si fuera una moda, sino porque aporta algo.

¿Cuáles son mis referencias? A mí me parece fundamental la referencia a Baker sobre que la cultura política es discurso y prácticas simbólicas, pero también –de una forma si se quiere un poco ecléctica– lo que están aportando los historiadores franceses, que van mucho más allá. ¿En qué sentido enriquece absolutamente la cultura política? En el sentido de que ya no hablas de una ideología –que también– o de un partido –que también– sino que hablas de discursos, de cosmovisiones compartidas de pasado y de futuro, de proyectos de futuro, de formas de sociabilidad, de redes... es decir, amplificas. Y eso te permite una aproximación global, mucho más amplia, por ejemplo, la que nosotros publicamos en la *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*.

Y, en lo que afecta a mi propia investigación, evidentemente, a partir de ese momento se enriquece extraordinariamente mi comprensión del fascismo, mi comprensión del franquismo, mi comprensión de la derecha reaccionaria como cultura política y como cultura política transnacional, etc. Eso son los referentes. E insisto que, desde mi punto de vista, lo que no debería suceder es que se viera la cultura política como un expediente a cumplir, una moda, un hablar de cultura política porque toca y luego olvidarse y volver a hablar exclusivamente del partido o de la ideología... Que es precisamente lo que supera, desde mi punto de vista, la perspectiva de la cultura política.

- **Porque, volviendo brevemente a la fascistización, una de sus ventajas como concepto es su flexibilidad, la capacidad de poder ser aplicado a procesos históricos**
-

dinámicos que cambian con el paso del tiempo. De hecho, la fascistización puede ser entendida como un proceso que no necesariamente tiene que acabar llegando hasta el final y transformando a un movimiento, partido o régimen en plenamente fascista, tampoco necesariamente tiene por qué completarse.

Claro. Insisto: yo muchas veces me fijo mucho en los autores protagonistas, en Mussolini, por ejemplo. ¿Qué es para él fascistizar Italia? Hacer a los italianos fascistas y cada vez más fascistas. Eso es una forma de fascistizar, que es llegar a ser fascista. Pero otra forma de fascistizar es intentar que el fascismo sea hegemónico incluso entre aquellos sectores contrarrevolucionarios, de la derecha, que no van a llegar y que no llegan a ser fascistas. Y eso explica que existan pugnas, continuamente, porque son culturas políticas que están ahí. En una de sus acepciones, fascistización quiere decir que hay una cultura política presente —que es la fascista— y que puede no ser hegemónica respecto a otra cultura política, con la cual también están en pugna. Y así perdemos también esa idea de los regímenes monolíticos, predeterminados, que ya se sabe desde el principio lo que son y lo que serán, etc., etc. ‘Fascistización’ es un concepto dinámico porque reconoce la existencia de sujetos, sujetos distintos, culturas políticas distintas. Y, por esa razón, si tú no tienes una hegemonía fascista, no puedes hablar de un régimen fascista. Pero, cuidado, que fascistas los hay. Y eso no quiere decir que sean despreciables o que ese régimen se pueda explicar sin tener en cuenta que, efectivamente, había fascistas y que eran uno de los participantes en el bloque de poder.

- **Y, además, el concepto permite también su aplicación a la inversa: una desfascistización no necesariamente tiene que ser tampoco perfecta y acabada.**

Claro, porque cuando debatimos, por ejemplo, sobre el caso de Falange, el caso del fascismo español, pero nos lo podíais explicar también mucho desde Brasil, ¿no? Falange, se trata de un ejemplo de fascismo que nunca es hegemónico pero que siempre está ahí; y que sufre derrota tras derrota, pero nunca desaparece; y sigue siendo un pilar del régimen franquista, siempre subordinado... pero sigue estando, hasta el final. De modo que yo siempre digo que el régimen de Franco tuvo unos niveles de fascistización extraordinarios al principio, sin llegar a ser fascista, y unos niveles muy importantes de desfascistización, al final, sin perder absolutamente alguno de sus componentes fascistas.

- **Porque, al fin y al cabo, ‘fascistización’ es un concepto que evita movimientos pendulares entre categorías dicotómicas: ‘o autoritarismo o fascismo’ o ‘fascista o no fascista’.**

Claro, porque insisto en la cuestión del sujeto e insisto en la cuestión de la dinámica de las culturas políticas. Porque aquí hay quien dice ‘el régimen de Franco fue fascista hasta el 45’. Y ¿qué pasa entonces? ¿que en el 45 ya no hubo fascistas en España? ¿Habían desaparecido todos? ¿Se habían convertido todos al nacionalcatolicismo? No, claro que había fascistas. Por lo tanto, esos cortes tan absolutamente nítidos no nos sirven. Ésta es otra ventaja de las culturas políticas, que no desaparecen a machetazos, sino que están ahí. Y también desde este punto de vista ambos conceptos –fascismo y culturas políticas– son diferentes, pero van parejos; se refuerzan mutuamente. Otro ejemplo: ‘el régimen franquista es fascista hasta el 41 y luego no’. Eso se puede decir en el caso de la Italia fascista y de la Alemania nazi con la llegada de los aliados y su respectivo derrumbe –y aun así–, pero en España no.

- **¿Cuáles consideran que son, actualmente, las líneas de trabajo más novedosas o transformadoras en los estudios sobre fascismo y/o sobre franquismo?**

Bueno, yo diría que no siempre lo más novedoso es lo más renovador. Eso depende de cómo se trabaja, por así decirlo. Por ejemplo, sigue siendo absolutamente renovadora la perspectiva de las culturas políticas, aunque para muchos ya no esté de moda; pero es absolutamente fundamental y hay mucho por explorar. Ha sido absolutamente fundamental la historia de la vida cotidiana; y sigue siéndolo, incluso para entender precisamente no solamente las relaciones entre los sectores populares, sino también entre los individuos y los regímenes, y cómo interactúan, y cómo se relacionan, y cómo el propio dominado se apropia de algunos aspectos de la dominación para darle la vuelta... Eso que fue fundamental, en mi opinión, para desmontar la reducción del nazismo a totalitarismo: ¿individuos aislados? Hombre, si estaban en todas partes, sociedades... Y esto se ha podido apreciar desde la perspectiva de la vida cotidiana. Y para calibrar estas relaciones entre régimen y sociedad, pero también para calibrar los cambios: ¿cómo se producen los cambios y no solamente en los regímenes, sino en las culturas políticas? Que no se pueden explicar ya solamente por los giros que tiene el Politburó u otro órgano de dirección, sino que se debe prestar atención también a las dinámicas desde abajo.

Desde luego, la perspectiva de género es también absolutamente fundamental y tampoco ha dado aún todos sus frutos posibles, o no todo el mundo está recogiendo, recibiendo o investigando cuáles son los frutos. Esta ampliación de los focos de atención es, desde mi punto de vista, fundamental. Y por ahí hay que profundizar. Y, por supuesto, está la perspectiva transnacional, que puede cambiar –y cambiar radicalmente– nuestra percepción de culturas

políticas, de dictaduras... en general. Yo creo que hay mucho que profundizar y que, por ese lado, vendrán las líneas de renovación historiográfica.

- **Precisamente la siguiente pregunta giraba en torno a lo transnacional, que en las últimas décadas ha sido sin duda una de las aportaciones más importantes de los estudios sobre fascismo. Pero la perspectiva comparada y la comprensión del fascismo como fenómeno internacional son casi tan antiguas como el propio objeto de estudio, el propio fascismo, ¿no?**

Sí, de hecho, hay un momento en que parece que el fascismo es transnacional, es internacional, y no existe ni siquiera como hecho nacional: ¿qué es el fascismo? Partiendo de algunos enfoques de la III Internacional daba la impresión de que era una fase del capitalismo: el capitalismo, luego el imperialismo y, finalmente, el fascismo. El fascismo se ha estudiado siempre como un fenómeno internacional: pensemos en *International fascism*, tenemos desde Mosse y tantos otros que lo han abordado siempre así. El estudio comparado, también. El problema del fascismo genérico ya te plantea toda la problemática de las características comunes, de las diferencias. A veces se confunde la cuestión del fascismo genérico con el hecho de que necesitamos herramientas, instrumentos... y el concepto de fascismo nos tiene que remitir a algo que está en el plano nacional pero también en el plano internacional. Todo esto ha existido y hay que precaverse de decir: ‘ahora yo digo esto que es transnacional’, pero bueno, eso ya estaba dicho. Ello no quiere decir que la aportación de la perspectiva transnacional no sea fundamental, porque va más allá. No es las estructuras de la Internacional Socialista o Comunista, no es la perspectiva de las relaciones entre los estados fascistas, que también.

La perspectiva transnacional va más allá en tanto que permite profundizar en lo que también ha estado siempre: la noción de la circulación de las ideas, por ejemplo. Pero ahora procede de forma sistemática, intentando no perderse en nuevas y continuas compartimentaciones (en el sentido de ver tal idea como una cuestión transnacional, y luego tal idea como otra cuestión transnacional), sino aproximándose a una visión global, en la que vamos a descubrir muchas cosas y vamos a cambiar muchos conceptos, a pulir muchos conceptos. Leer lo que estáis haciendo sobre Brasil ayuda mucho a reformular algunos aspectos del fascismo.

Luego está, en efecto, el problema de las culturas políticas transnacionales, que hay que insistir en esto: son culturas políticas transnacionales. Y esto implica ideología, circulación de ideas, pautas de comportamiento, pero también pautas de sociabilidad que también traspasan las fronteras nacionales. Y todo eso incluso ayuda a explicar derivas que de otra forma quedan sin explicar.

Trabajos tuyos sobre género [se dirige a Toni Morant] que paradójicamente... Es que ver la transnacionalidad que hay en el fascismo y se aprecia cuando se ve desde la perspectiva de género, nos está al mismo tiempo ayudando a enriquecer nuestra propia concepción sobre el fascismo.

Por lo tanto, yo creo que es una perspectiva que no debe pasar de moda en absoluto, que no se debe tomar como una simple substitución de adjetivos: donde antes se decía ‘historia comparada’ ahora se dice automáticamente ‘transnacional’ para seguir diciendo exactamente lo mismo, como también hay quien antes decía ‘ideología’ y ahora la ha sustituido por ‘cultura política’. La perspectiva transnacional sirve para mucho, porque ayuda a comprender y a profundizar desde lo pequeño a lo global. Y eso es esa perspectiva que siempre nos está atrapando... esa idea de lo local y lo global, bien trabajada, ayuda a precisamente superar esas compartimentaciones que vienen de la fijación en el marco nacional, con toda esa serie de transferencias culturales, formas de sociabilidad... Y, por último, las propias relaciones que atraviesan las fronteras, que no son solamente la de ‘los políticos’ o las elites políticas, sino también la de las organizaciones de mujeres, las de jóvenes, transferencias culturales, reuniones de todo tipo, proyectos en común. Insisto que el enfoque transnacional es una aportación fundamental y que abre perspectivas que no se deberían cerrar rápidamente en función de otro tipo de tipo de intereses.

- **Porque, además, la perspectiva transnacional no solo no acaba negando la importancia de la nación, sino que acaba reforzando también, en el caso de los fascistas, el significado que para ellos tenía la nación respectiva.**

Lo que pasa es que no hay nada –desde mi punto de vista, al menos– en la concepción fascista de la nación que no sea transnacional. No hay un mundo compartimentado, por ejemplo. Como si alguien dijera: ‘en los orígenes, está la cultura española que es distinta de la italiana o de la francesa’. Pero es que había ya elementos comunes, en la década anterior al fascismo y también cuarenta años antes. Es un mundo global. Por tanto, ¿qué hay más transnacional que la idea de nación? Y ¿qué hay más transnacional que la idea fascista de nación? Están bebiendo de todas las culturas, que luego se modelarán de forma específica en algunas cuestiones dentro de las distintas naciones. Por eso, tomar la perspectiva transnacional es importante porque nos ayuda a superar –por tocar un fenómeno recurrente– esa idea de que la derecha, al ser nacionalista, no puede tener ninguna perspectiva internacional. Como nunca se creó una internacional de derecha... Bueno, pues no poco: claro que podía.

- **En esta perspectiva, ¿cómo pensar la relación entre la España franquista y el salazarismo portugués?**

Yo creo que es algo que aún tenemos pendiente, como pasa también con toda la historia contemporánea de España y Portugal, donde se percibe que hay una serie de procesos que son muy parecidos en ambos países. Con el salazarismo tenemos pendiente en España un estudio a fondo –hay estudios parciales, muy buenos– de unas relaciones que son importantísimas entre lo que son las respectivas bases culturales. Ahí tenemos culturas políticas, como la del Integralismo Lusitano y la de Acción Española, que están profundamente interrelacionadas. Por ejemplo, miembros de Acción Española están yendo continuamente a Portugal. Y no sólo en los años treinta, sino también en los cuarenta y los cincuenta. Lo mismo pasa con los fascistas: la herencia del fascismo español en el portugués también es importante. Y, finalmente, están las dictaduras, claro, los regímenes, tanto sus relaciones en sí mismas, como desde el punto de vista otra vez de las culturas políticas y las transferencias culturales, y desde el punto de vista de las propias estructuras de poder. El franquismo aprende mucho del salazarismo, tiene muchas similitudes, y viceversa. De la misma forma que ambos acabarán siendo fuente de inspiración para la Francia de Vichy, por ejemplo. Ahí estamos, otra vez, moviéndonos en estas perspectivas transnacionales. Yo creo que existen fallos y existen tareas pendientes para ir más allá en el conocimiento de ambos regímenes. A veces lo dicen desde fuera más que lo que lo pueden decir una historiografía española o portuguesa. Sí, desde luego, esa relación entre franquismo y salazarismo es fundamental.

- **A veces, parece que, girando la mirada hacia los contactos, las influencias, las transferencias con Francia o con Italia, desde España se le haya dado la espalda al vecino portugués.**

Sí, pero se le ha dado la espalda historiográficamente, porque históricamente no. Todo lo que es el mundo de la cultura española en la medida que tiene una hegemonía durante los años cincuenta los epígonos de Acción Española están profundamente relacionados con Portugal: hay viajes continuos, conferencias conjuntas... Lo que ha pasado después es, como tú dices, es la fijación en ‘fascismo o no fascismo’: entonces me fijo en Italia y punto, o en Alemania y punto. Y si no es fascismo, ya me interesa menos. Sí, sí: hay un problema historiográfico por esa fijación de ‘si no es fascismo, no me interesa’, y si no me interesa, ya no investigo. El problema que hay en la historiografía en general, tú [dirigiéndose a Leandro Gonçalves] lo has dicho muchas veces: al final, en el fascismo como tantas y tantas cosas, todo lo que son casos marginales... Bueno, vamos a ver:

tanto caso marginal, al final no será marginal. Tendremos que tener en cuenta esto, ver que no es marginal y que ayuda a comprender procesos que son fundamentales.

- **¿Cuál diría usted que es la posición de la historiografía española actualmente en el contexto de la historiografía internacional? ¿Cómo ha cambiado su peso, la presencia, o ausencia? Porque buena parte de las primeras investigaciones sobre guerra civil y franquismo tenían lugar en un momento en que buena parte de las investigaciones se hacían desde el hispanismo británico, el francés o el italiano.**

En lo que es el conocimiento de la Historia de España el cambio ha sido fundamental. Ahora ya la historia de España hay una relación entre iguales con los hispanistas de otros países europeos; ahora los hispanistas saben que son unos historiadores más. Si tenemos en cuenta aquella fuente de autoridad absoluta de los hispanistas, cuando no se podía investigar en España, el cambio es radical. Lo cual no quiere decir que no haya aportaciones fundamentales desde fuera. Pensemos en la historiografía británica o Alemania, por ejemplo, o en Italia también. Pero sí hay un cambio.

Pero es un cambio que tiene alguna limitación, en dos vertientes. Por un lado, los historiadores generales que no son hispanistas, cuando hablan de España, si son ingleses solamente van a citar a autores británicos; pasan, obvian lo que es la historiografía española, y supongo que eso también pasa con Brasil o con Italia. Ellos se refieren a España guiándose por lo que escribió Payne hace una eternidad, o por lo que escribió Preston —que está muy bien—... pero lo que no está en inglés, no existe. Pero hay historiadores que ya han empezado a hacerse eco de lo que efectivamente se hace en España. Y es una dinámica que irá a más.

Y, por otro lado, está el problema —que es un problema clásico— del ensimismamiento y la herencia del franquismo. El franquismo es una ruptura brutal en términos culturales y también en términos historiográficos. De modo que el historiador español queda con un complejo de inferioridad, del cual se recupera con la democracia y en las décadas posteriores. Pero, a veces, parece que sigue habiendo un tope: yo si voy a decir algo, que vaya más allá de lo que es historia de España, tengo que citar a alguien de fuera. La autoridad siempre está fuera y yo voy a aplicar aquí lo que dicen los de fuera. Y no digamos ya en el sentido del reconocimiento internacional que pueden tener los historiadores españoles, en el sentido de generar perspectivas, incluso modelos si se quiere. Eso es un elemento a retener, esa pobreza en referentes españoles. Cierto que ya estaba Linz, pero trabajaba en Yale.

- **¿Cómo ve usted la revisión de derechas, desde posicionamientos políticas de derecha o de extrema derecha, que se ha hecho de la dictadura franquista en España en los últimos veinticinco años?**

La derecha en general tiene un problema. Y es que hay una barrera que no ha roto. Incluso los postfascistas italianos la rompieron y condenaron explícitamente el fascismo, aunque luego quizá tuviera una parte de mentira, pero al menos lo condenaron. La derecha española no lo ha hecho porque, en el fondo, yo creo que más que apego al franquismo, tiene miedo de la República. ¿En qué sentido? En el sentido de que, si la ruptura con el franquismo es total, entonces la legitimación tiene que ser antifranquista. Y, en ese caso, no se puede obviar todo lo que hay antes. La derecha española no rompe absolutamente porque hay líneas de continuidad con el franquismo: claro, el Partido Popular es un partido con origen por parte de franquistas, con Fraga Iribarne y otros ex-ministros de Franco. De alguna forma, consideran que una ruptura total y absoluta con el franquismo en el fondo les deslegitima, lo cual es absurdo porque si rompieran no se sentirían agraviados. Porque hoy en día muchos españoles de derecha se quejan de que muchos catalanes de derechas apoyaron al franquismo: ‘Pero es que los catalanes...’. Claro, es cierto. Y entre la francesa con Vichy. Pero la cuestión no es si había o no había, sino si han roto total y absolutamente con ese pasado. Y, entonces, eso les lleva a intentar deslegitimar todo lo que es el sentido de las tradiciones de izquierda, democráticas... Por eso, ‘el franquismo mejor no moverlo’. Ese es el problema que tiene la derecha. Yo no digo que el PP no sea democrático, pero para serlo al cien por cien tiene que tener absolutamente una ruptura con todo lo que no es democrático y eso incluye el franquismo. Y sobre esa derecha, que debería ser democrática al cien por cien, la extrema derecha se encuentra en esas bases unas condiciones muy propicias.

Y también hay que tener en cuenta que el franquismo duró mucho y tiene sus posos. Yo no digo tampoco que ni siquiera Vox sea franquista, pero tiene posos franquistas. Hay como posos, en el sentido de que hay cosas que mejor no tocar.

- **Las relaciones entre las historiografías española y las latinoamericanas ¿cómo han evolucionado en las últimas décadas?**

Yo la veo una relación bastante igual. Yo creo que sí: la historiografía española tiene cierto prestigio en América Latina, pero también la historiografía latinoamericana tiene mucho prestigio en España. Hemos aprendido mucho, incluso en España hemos sido dependientes de América Latina. En América Latina ha habido historiadores y pensadores que sí que han tenido una proyección internacional como la que decía hace un momento que no tenemos en España. Yo veo

una relación más igual; debe ser así y debe seguir siendo así. Estamos aprendiendo unos y otros, y eso permite generar dinámicas de conocimiento en condiciones de igualdad con el resto de historiografías europeas o no europeas.

- **Antes comentaba las perspectivas que podrían guiar la historiografía de los próximos años. ¿Cuáles cree usted que serán los problemas u obstáculos más importantes a los que habremos de hacer frente desde la historiografía?**

No lo sé. Lógicamente... los sesgos. El problema es también el de los ciclos. Decíamos antes que el presente es absolutamente fundamental, incluso para iluminar el pasado. Pero también puede contribuir a ahogar ecos del pasado, en el sentido de las crispaciones y al hecho de que, al final, gente como el trumpismo o como Bolsonaro puede aprovechar los resquicios que puede dejar la historiografía para poner en cuestión... Si lo pueden hacer con las *fake news* y todas estas cosas, pues imaginémosnos lo que pueden hacer con el pasado si la historiografía les deja la posibilidad.

Luego hay otra cosa: la compartimentación. Si ahora concentramos la atención en una cuestión, pues nos olvidamos de las otras. O si ahora hay una aportación muy importante, pues parece que ésta es absolutamente nueva, que viene de la nada, con el consiguiente riesgo de caer en un adanismo historiográfico. Yo creo que más que... vamos, si pasado mañana se generaliza la experiencia de Italia, Hungría o Polonia, la historiografía podría ser víctima de problemas estructurales, de políticas globales y posibles vicios que, no obstante, no tienen por qué imponerse.

- **Precisamente –y pasando ya al bloque final– nos gustaría preguntarle por la importancia de la función social de la historia y del historiador. ¿Por qué una democracia necesita de buenos y buenas profesionales de la historia?**

Un poco por lo que estábamos diciendo. El conocimiento del pasado, y sobre todo un conocimiento del pasado que sea serio, que sea sólido, que no esté basado en falsificaciones, contribuye a fundamentar lo que es fundamental, que es la democracia. Y, en ese sentido, hay que romper con tabúes que siguen existiendo. Es así en el caso de España, pero también se puede aplicar a Italia o a Alemania, y supongo que a Brasil también: la idea de un fascismo ‘bueno’ en Italia hasta el 38 y uno malo posterior; o, en el caso de España, de un franquismo malo, malísimo, hasta 1950, y uno bueno, relativamente, después. Hay que romper esas construcciones que se han convertido en míticas, diciendo: ‘Mire, usted perdone, pero es que la dictadura, económicamente, funcionó mal’; por supuesto que social y culturalmente, pero económicamente también. Entonces,

para que se asiente el conocimiento histórico es fundamental ese conocimiento que desmonte construcciones míticas. O que uno que diga una barbaridad –que mira que dice barbaridades la gente de la derecha en el parlamento– pues chirrié más de lo que chirría actualmente, que la gente diga: ‘¿Pero esto qué es?’.

- **¿Cómo vio el surgimiento de los movimientos de la memoria histórica en España y la posterior recuperación de la memoria de la Segunda República en la esfera pública desde finales de los años noventa? ¿Cómo ha seguido los debates entre historia y memoria?**

Yo creo que el problema de la historia y la memoria es que a veces hay aproximaciones esencialistas. Ahí está el Movimiento para la Recuperación de la Memoria Histórica, que tiene bases sólidas, que tiene bases sólidas más allá de que en algunos casos se pueda extrapolar. Pero luego está el auténtico odio que hay en determinados sectores de la sociedad española contra la memoria histórica, en el sentido de que eso significaría reabrir heridas o peor aún –para ellos– mitificar la Segunda República. Hay una lectura en el sentido de decir que con la memoria histórica se quiere poner en cuestión la democracia actual y por eso se enaltece a la República, como si el Movimiento para la Recuperación de la Memoria Histórica estuviera disparando contra la democracia actual para así exaltar a la República. Pero bien, vayamos más allá de esto: la memoria histórica en España era –como lo ha sido en todas partes– una tarea pendiente. Y también lo fue en muchos otros países. Y quiero mencionar también la experiencia de América Latina, que para nosotros ha sido ejemplar en algunos sentidos, como una vanguardia respecto a lo que es España.

Hará no mucho me invitaron a un acto conjunto del arzobispado de Tarragona y de la Universitat Rovira i Virgili sobre cuestiones de este tipo, al que asistieron muchos sacerdotes. En aquel acto yo dije: ‘Esto, realmente, no es una cuestión ni de izquierdas ni de derechas. En absoluto. Sino que es una cuestión de humanidad. Incluso diría más: es una cuestión de ser cristiano, y eso que yo soy ateo. Pero el cristiano debería ser el primero en pedir que se restituyese y se honrase a las víctimas’. Y los sacerdotes aplaudieron... los de base, claro; el arzobispado, no. Quiero decir que eso es otra cuestión que está ahí y que, en efecto, más allá de si se utiliza en un sentido o en otro... No: es un deber de justicia, verdad y reparación. Y, por tanto, es una cuestión de calidad democrática. Y eso nos lleva de nuevo a esas taras que la derecha española no termina de deshacerse de ellas.

- **Precisamente la memoria histórica está relacionada con la forma con la que se ve en España la Transición española, desde la dictadura franquista a la actual**
-

**democracia parlamentaria. Esa mirada ha experimentado una revisión crítica.
¿Cuál es su valoración de la Transición española en perspectiva histórica?**

Creo que en la Transición se hizo lo que se pudo. Yo no defiendo a quienes afirman que hubo un pacto de silencio. Yo creo que, mirando retrospectivamente, había que asentar la democracia. Había gente que quería reivindicar la memoria y se hicieron muchos actos en los años 76, 77, 78. Pero, por otro lado, había también gente que no quería hablar. Había una demanda social de memoria, pero también una demanda social de olvido, de gente que decía: ‘yo no quiero hablar de aquello, aquello ya pasó’. Gente que había vivido los traumas de la guerra civil y de la dictadura franquista. Y políticamente podía ser interesante una ley de amnistía recíproca, necesaria para avanzar y consolidar la democracia. Yo eso no lo condeno. En ese sentido, creo que la Transición merece una valoración positiva.

Ahora bien, eso no quiere decir que la Transición fuese perfecta en sí misma, ni que condujese a una democracia perfecta. Hubo problemas, que se quedaron pendientes. Aquello tenía un precio. Y el precio era la justicia, la verdad y la reparación. Y si no —ya lo decía Paul Ricoeur y ahí está— las tinieblas de la memoria emergerán. Y llega un momento que emergen. ¿Cuándo? Sobre todo, con los nietos. La cuestión no es que esté ya la democracia en peligro, sino que nuestros abuelos están en las fosas; no se ha hecho en España ese trabajo de justicia y reparación. Y eso es lo fundamental. Y eso es lo que habría que hacer y lo que hay que insistir que hay que hacer y lo que hay que decirle a la derecha. Esa derecha que no quiere romper con el pasado, que utiliza subterfugios.

El problema es cuando se beatifica la Transición para decir: ‘y aquí no se mueve nadie’. Cuando los que votaron en contra de la Constitución en 1978 —y me refiero ahora a la entonces Alianza Popular, embrión del actual Partido Popular— ahora se la apropian y dicen: ‘Ojo, no me toques nada’, como si dijeran: ‘Hasta aquí llegué, y desde aquí sólo estoy dispuesto a retroceder, no a avanzar nada’. Esa es la cuestión: no hay por qué condenar, demonizar la Transición para decir que hay cuestiones que hay que corregir, que hay que avanzar.

Yo creo que hay cosas sobre las que en España no se ha hablado con libertad, por ejemplo, el papel de la monarquía. Y eso es una carencia democrática: los españoles no han podido posicionarse sobre si querían monarquía o república. No han podido hacerlo tras la caída del franquismo, al contrario que en Italia tras la caída del fascismo. ¿Por qué? Porque se metió todo junto en el mismo paquete: democracia y monarquía. Porque el gobierno de la época, de Adolfo Suárez, tenía la información suficiente para saber que, si no se metían en el mismo paquete, no salía

monarquía. Se emprendió una política de deslegitimación de la República; se construyó una idea absolutamente no democrática del nacionalismo español, en el sentido de que no se reivindica el nacionalismo democrático español, sino un nacionalismo que descansa sobre supuestos no democráticos. Y, claro, hay pervivencias, redes de origen franquista: económicas, sociales, políticas, culturales. De modo que es absurdo beatificar la Transición, pero también demonizarla. Lo que hay que tener es una perspectiva crítica.

Y luego está el aspecto de la ‘Transición pacífica’, que los historiadores ya han demostrado que es un mito: la ‘pacífica’ Transición en España fue más violenta que en Portugal. Esa visión beatífica tiende a ocultar cosas. En el año 77, el Primero de Mayo, la policía aporreó a los manifestantes, que habían sido convocados por los sindicatos. Y eso pasó en el año 77; no en el 76 siquiera, ni en el 75. Y luego, a diferencia por ejemplo de Polonia, en España el gobierno, el gobierno de origen franquista, nunca quiso sentarse a negociar con la oposición en condiciones de igualdad. Por tanto, nada de beatificar la Transición, que no fue ni modélica ni solucionó todos los problemas. Hay que tomar en cuenta el momento histórico, que se explica por una serie de coordenadas que acabó por traducirse en una congelación de todo lo que se cuestiona.

- **Y llegamos ya a la última pregunta, ¿cuál es su interpretación de los movimientos o partidos políticos contemporáneos, principalmente de extrema derecha, que buscan poner en valor el pasado franquista?**

Este tipo de partidos reinciden en elementos que están ahí, de gente que afirma, por ejemplo, que el franquismo no fue tan malo, de que ‘bueno, al principio sí, pero luego ya no’, o de que durante la dictadura creció mucho la economía española... Se trata de una serie de construcciones míticas, que si alguien no va a poner en cuestión son, lógicamente, este tipo de partidos. Hay que decir que su relación con el franquismo es ambigua: tienen evidentemente en algunos aspectos un fondo franquista, porque muchos vienen de allí y alguno incluso hasta nazi, como los hay en Vox. Pero eso no quiere decir que todos sean franquistas, o que todo sea franquismo puro o nazismo puro. Pero lógicamente lo que tienden es a minar toda visión positiva de lo que ha sido... la experiencia de la Segunda República o de la oposición democrática durante la dictadura. Es que el Ayuntamiento de Madrid ha borrado lápidas de políticos socialistas durante la República; han borrado lápidas... Hay atentados contra la memoria, por ejemplo, de las denominadas ‘Trece Rosas’ [trece jóvenes madrileñas de izquierdas] fusiladas en 1939 por el régimen franquista. Es decir, que en el caso de Vox tienen una visión antidemocrática y una construcción antidemocrática del pasado.

Y en el caso de la derecha más establecida, más que antidemocrática yo digo que es ademocrática. Y me refiero aquí no al Partido Popular en su conjunto, sino en su concepción del pasado, que tiende a legitimar la democracia española como hija de los franquistas. Como si el antifranquismo no existiera, y la lucha de cientos de miles, que ya eran millones en el año 76, parece que no existió. Y esto se retroalimenta. Hay una tendencia a falsificar, porque eso es lo que a ellos les puede dar cierta solvencia. Ellos no pueden decir: ‘Nosotros somos demócratas gracias a que Franco mató a 150.000 personas’. Eso no lo pueden decir. Ellos reivindicarán ‘el franquismo que pacificó España’. Y, como hay historiadores que dicen cosas parecidas, pues en torno a esto se estructuran estas falacias.

- **Muchas gracias, profesor Saz, por la entrevista y su tiempo.**